

SOLEMNIDAD DE SAN JOSÉ
Homilía del P. Josep M. Soler, Abad de Montserrat
2Sm 7, 4-5.12-14.16; Mt 1, 16.18-21
15 de marzo de 2008

La solemnidad de san José, anticipada por razón de la Semana Santa, nos centra, hermanos y hermanas, en el misterio de la encarnación del Hijo de Dios y en la participación extraordinaria que tuvo este hombre de una santidad eminente.

Dios quería construirse *una casa*; lo quería hacer a su manera. Por otra parte, el rey David -tal como lo escuchábamos a la primera lectura- quería construir *una casa* a Dios. Lo quería hacer, también, a su manera, a la manera humana, no divina. Por eso, Dios le envió al profeta Natán para decirle que no lo hiciera. Dios mismo se construiría *una casa*. Sin embargo, sería *una casa* muy particular. David pensaba en un edificio. Dios en un linaje, en *una dinastía*.

Dios no quería -ni podía- quedar cerrado en un sitio concreto, limitado. No quería ni un palacio ni un templo. Quería poder estar en medio de su pueblo e ir con él, de un lugar a otro como había hecho en los cuarenta años de camino por el desierto. Dios pensaba, no en piedras, sino en personas. Pensaba en el *linaje, la dinastía*, de David. Una casa real que tendría el primer eslabón de continuidad en el esplendor magnificente de Salomón, y que culminaría en la simplicidad de la familia del carpintero de Nazaret con el nacimiento de Jesús.

La casa que Dios quería, y que fue preparando a lo largo de la primera alianza, era la de Jesucristo; no un reino esplendoroso de gloria humana, sino fundamentado en la humildad y en la benignidad de corazón (cf. Mt 11, 29). Es en este reinado de Jesús donde se harán realidad las palabras que hemos oído: *yo consolidaré el trono de su realeza para siempre. Yo seré para él padre, y él será para mí hijo*.

Ahora, a las puertas de la Semana Santa, nos disponemos a revivir la investidura real de Jesús, en su cruz y su resurrección. *Tu casa y tu reino durarán por siempre*, para traer la salvación y la alegría a la humanidad.

San José tuvo que aprender esta manera divina de hacer, tan particular. Lleno de fe, confió en el Dios imprevisible, que hace nuevas todas las cosas, que hace fecunda la esterilidad y la virginidad, que saca vida de la muerte. Y puso toda su vivencia espiritual al servicio de la vocación que había recibido, sabiendo que su cuidado paterno sobre Jesús tenía que ser un reflejo del amor del Padre del cielo.

En Jesús, el Dios que había acompañado la ruta del pueblo de Israel a lo largo del desierto, podía anunciar la buena nueva por todos los caminos de Galilea, de Judea y de Samaría. Y, después de la exaltación pascual, podrá hacerlo por todo el mundo por medio del ministerio de la Iglesia. Nosotros mismos tenemos acceso a Jesús -que es también contemporáneo nuestro- por medio de la vida eclesial que culmina en la acogida de la Palabra y en la celebración de la Eucaristía. Por eso tenemos que aprender de san José. Él nos enseña a escuchar con docilidad la Palabra que Dios nos dirige, a acogerla en el fondo del corazón y a ponerla en práctica, a hacerla vida. Nos enseña a hacerlo, aunque la lógica humana de entrada no entienda el plan de Dios. Como el Carpintero de Nazaret, tenemos que vivir en la fe y hacernos dóciles a lo que a Dios nos pide, que siempre será para nuestro bien y de los otros. Como san José, todos tenemos una misión encomendada, grande o pequeña, vistosa o discreta, para servir a la causa del reinado de Jesucristo, para servir a la causa del Evangelio y de la humanidad creada por Dios. Como él, tenemos que acoger, custodiar y servir los

misterios divinos de los cuales hemos sido hechos depositarios, haciéndonos disponibles a la voluntad salvadora de Dios revelada en Jesucristo.

Quizás en el momento presente, ante las incertidumbres a tantos niveles, nos conviene empezar por aplicarnos a nosotros la frase que fue dirigida a san José según hemos oído en el evangelio de hoy: *No tengas reparo*. Es una palabra divina que resuena una y otra vez en la Sagrada Escritura. *No tengas reparo* porque es Dios quien te lleva y quien lleva la historia de la Iglesia y la historia de la humanidad. La lleva con su designio de amor con el fin de ir construyendo su casa. Lo hace según su estilo, manteniéndose fiel hasta cuando parece que no está o no hace nada, como en la época del exilio de Babilonia, de la vida escondida de Jesús o en su pasión y muerte.

El señorío pertenece a Jesucristo, en el que todos nosotros participamos por nuestro bautismo y por eso tenemos que contribuir a la construcción del Reino. Como san José, lo tenemos que hacer desde la fe, la humildad y la voluntad de servir a la causa de Dios. Podría ser que nos sintiéramos profundamente interrogados en el interior de nosotros mismos, o que experimentáramos contradicciones y dificultades. La manera cómo el Evangelio explica que san José afrontó la fuerte duda que le suponía la gravidez de María, su *promesa*, y la manera cómo lo hizo con la huida a Egipto, nos permiten ver la tónica de la vida de nuestro santo y traducirla a nuestra realidad, desde la fe en que Dios continúa construyendo hoy su Reino por medio de Jesucristo que hace camino con nosotros.

Este Reino se hace visible en la tierra por medio de la Iglesia, la casa de piedras vivas que Dios se va construyendo a lo largo del tiempo con Cristo como abanderado (cf. He 3, 6). San José es, tal como he dicho hace un momento, modelo de los cristianos, que somos las piedras vivas. Pero además san José es también intercesor en favor de la Iglesia que peregrina, por eso lo invocamos para que haga florecer en su existencia terrenal las genuinas virtudes evangélicas que resplandecen en él (cf. Pablo VI, Alocución 19.03.1969).

La celebración de la Eucaristía es un momento fuerte de la construcción de la casa que Dios quiere construir con las piedras vivas que somos los bautizados. Dejémonos modelar por la gracia de esta celebración a fin de que los cristianos seamos testigos cada día más elocuentes del amor de Dios hasta que, en el mundo renovado del final de la historia, la Iglesia unida al frente de la casa que es Jesucristo aparezca resplandeciente, sin mancha ni arruga (cf. Ef 5, 27).